

Idries Shah

*Las hazañas
del incomparable Mulá Nasrudín*



Introducción

Son muchos los países que sostienen que el Mulá Nasrudín es nativo de sus tierras, aunque pocos han ido tan lejos como Turquía, que muestra la tumba en la que aquél yacería y celebra anualmente en Eskishahr, el pretendido lugar de su nacimiento, un festival en el cual la gente se disfraza y representa sus famosas bromas.

Los griegos, que copiaron muy pocas cosas de los turcos, consideran las bromas de Nasrudín como parte de su propio folclore. En la Edad Media los cuentos fueron ampliamente usados para ridiculizar a la odiosa autoridad. En tiempos más recientes, el Mulá se convirtió en héroe popular en la Unión Soviética, cuando, como personaje de una película, censuraba una y otra vez a los malvados gobernantes capitalistas del país.

Nasrudín pasó a ser la figura árabe de Joha y reapareció en el folclore siciliano. De la colección de historias que sobre él existe en Asia

Central volvemos a encontrar algunas atribuidas a Baldakiev en Rusia, como también en el *Quijote* y en el libro francés más antiguo, las *Fábulas* de María de Francia.

Las apreciaciones que se hacen del Mulá son variadas. Se lo presenta como muy estúpido, increíblemente inteligente o poseedor de secretos místicos. Los derviches lo usan en sus enseñanzas como un personaje que ilustra las ridículas características de la mente humana.

Es tal la elasticidad de Nasrudín que la Turquía republicana, donde las órdenes derviches fueron suprimidas hace cuarenta años, publica folletos sobre él como parte de su información turística.

Los eruditos han consumido ríos de tinta escribiendo sobre Nasrudín, pese a que él, según es tradición, poco tiempo les concedió. El hecho de que alguna vez Nasrudín manifestara: «Yo estoy en esta vida patas arriba», llevó a algunos tan lejos como para invertir la supuesta fecha de su muerte, tratando de descubrir la verdad sobre este asunto.

Los sufís, que creen que la intuición profunda es la única guía verdadera hacia el conocimiento, usan estas historias casi como ejercicios. Piden a

la gente que elijan las que los atraigan especialmente y que las evoquen en su mente una y otra vez hasta hacerlas suyas. Los maestros de los derviches afirman que de este modo se puede lograr una apertura hacia una sabiduría más elevada.

Los sufís coinciden con aquellos que no siguen un camino místico, en que cualquiera puede hacer con los cuentos de Nasrudín lo que todos han hecho en el transcurso de los siglos: disfrutarlos.

IDRIES SHAH

«Mulá Nasrudín, Jefe de los derviches y Dueño de un tesoro escondido, un hombre de rara perfección... Muchos dicen: “Yo quería aprender, pero aquí sólo he encontrado locura”. No obstante, si éstos buscaran profunda sabiduría en cualquier otra parte, es posible que no la hallasen».

De Enseñanzas de Nasrudín,
manuscrito de Bucara de 1617,
por Ablahí Mutlaq, «El idiota absoluto».

El contrabandista

Una y otra vez el Mulá pasó de Persia a Grecia a lomo de burro. En cada viaje llevaba dos cestones de paja y emprendía sin ellos la penosa caminata de regreso. Cada vez la guardia lo revisaba buscando contrabando. Nunca le encontraron nada.

—¿Qué llevas? —le preguntaban.

—Soy contrabandista.

Años más tarde, habiéndose vuelto más y más próspero en apariencia, Nasrudín se mudó a Egipto. Allí se encontró con uno de los aduaneros.

—Dime, Mulá, ahora que estás fuera de la jurisdicción de Grecia y Persia, viviendo aquí con tanto lujo, ¿qué era lo que contrabandeabas, que nunca pudimos saberlo?

—Burros.

El gato y la carne

Para agasajar a sus invitados, Nasrudín le dio un trozo de carne a su mujer para que lo cocinara.

Cuando la comida llegó, faltaba la carne. Ella se la había comido.

—El gato se comió los dos kilos de carne — dijo.

Nasrudín puso al gato sobre la balanza. Pesaba dos kilos.

—Si éste es el gato —dijo—, ¿dónde está la carne? Y si, por el contrario, ésta es la carne, ¿dónde está el gato?

Aquí hay más luz

Alguien vio a Nasrudín buscando algo en el suelo.

—¿Qué has perdido, Mulá? —le preguntó.

—Mi llave —dijo el Mulá.

Fue así que ambos se arrodillaron para buscarla. Después de un rato, el otro hombre preguntó:

—¿Dónde se te cayó, exactamente?

—En mi casa.

—Entonces, ¿por qué buscas aquí?

—Hay más luz aquí que dentro de mi casa.

El tonto

Un filósofo que había concertado una entrevista con Nasrudín para discutir con él, fue a la casa del Mulá y se encontró con que éste había salido.

Enfurecido, tomó un trozo de tiza y escribió sobre la puerta de Nasrudín: «Estúpido, idiota».

Tan pronto como Nasrudín regresó a su casa y vio esto, corrió hasta la casa del filósofo.

—Había olvidado —le dijo— que usted iba a visitarme. Le pido me disculpe por haber estado ausente. Desde luego recordé la cita en cuanto vi que había dejado su nombre en la puerta de mi casa.

Sal no es lana

Un día el Mulá llevaba al mercado una carga de sal, que era transportada por su burro. Al atravesar un arroyo, la sal se disolvió. Nasrudín estaba enfurecido ante la pérdida de su carga, y el burro retozaba con alivio. Cuando acertó a pasar nuevamente por allí, llevaba una carga de lana. Luego que el animal hubo atravesado el arroyo la lana estaba empapada y el peso de la carga había aumentado significativamente. El burro se tambaleaba bajo la mojada carga.

—¡Ah! —gritó el Mulá—, suponías que *siempre* que pasaras por agua saldrías aliviado, ¿no es cierto?

El sermón de Nasrudín

Un día los aldeanos decidieron hacerle una broma a Nasrudín.

Puesto que se suponía que era un hombre santo de alguna clase indefinible, fueron a verlo y le pidieron que pronunciara un sermón en la mezquita, a lo que accedió.

Cuando llegó el día, Nasrudín subió al púlpito y dijo:

—¡Oh, pueblo! ¿Saben ustedes lo que voy a decirles?

—No, no lo sabemos —gritaron.

—Mientras no lo sepan, no podré hablarles. Son demasiado ignorantes para poder iniciar algo con ustedes —dijo el Mulá, lleno de indignación porque gente tan ignorante le hiciera perder el tiempo. Descendió del púlpito y se fue a su casa.

Algo mortificados, fueron nuevamente a la casa del Mulá y le rogaron que el viernes siguiente, día de oración, predicara.

Nasrudín comenzó su sermón repitiendo la misma pregunta.

Esta vez, la congregación contestó al unísono:

—Sí, sabemos.

—En tal caso —dijo el Mulá—, no es necesario que los demore. Pueden retirarse.

Y regresó a su casa.

Fue convencido por tercera vez para que predicara.

Ese viernes, comenzó preguntándoles como antes:

—¿Saben o no saben?

La congregación estaba preparada.

—Algunos sabemos y otros no.

—Perfecto —dijo Nasrudín—. Entonces los que saben que transmitan su conocimiento a los que no saben. Y se fue a su casa.

El manto

Un día, Nasrudín fue visitado por su viejo amigo, Jalal. El Mulá dijo:

—Estoy encantado de verte después de tanto tiempo. Pero estoy a punto de efectuar una serie de visitas. Ven, acompáñame y podremos charlar.

—Préstame un manto decente —dijo Jalal—, porque, como puedes ver, no estoy vestido como para efectuar visita alguna.

Nasrudín le prestó un magnífico manto.

En la primera casa, el Mulá presentó a su amigo.

—¡Éste es mi viejo compañero Jalal, pero ese manto que lleva puesto es mío!

En camino al próximo pueblo, Jalal dijo:

—¡Qué cosa tan estúpida fue que dijeras «El manto es mío»! No vuelvas a hacerlo.

Nasrudín lo prometió.

Cuando estaban sentados cómodamente en la siguiente casa, Nasrudín dijo:

—Éste es Jalal, un viejo amigo que vino a

visitarme. En cuanto al manto, el manto es *de él*.

Al salir, Jalal estaba tan molesto como antes.

—¿Por qué dijiste eso? ¿Estás loco?

—Sólo quise arreglar las cosas. Ahora estamos a mano.

—Si no te importa —dijo Jalal lenta y cuidadosamente—, no hablaremos más del manto.

Nasrudín así lo prometió.

En el tercer y último lugar que visitaron, Nasrudín dijo:

—Permítanme presentarles a Jalal, mi amigo. Y el manto, el manto que lleva puesto... Pero no debemos decir nada sobre el manto, ¿no es así?

Salvó su vida

Cuando Nasrudín estuvo en la India, pasó cerca de un edificio de extraña apariencia a cuya entrada estaba sentado un ermitaño. Tenía un aire de calma y abstracción, y Nasrudín pensó que establecería algún tipo de contacto con él. Seguramente, pensó, un filósofo devoto como yo debe tener algo en común con este santo individuo.

—Soy un yogui —dijo el anacoreta, en respuesta a la pregunta del Mulá— y estoy dedicado al servicio de todas las cosas vivientes, en especial de pájaros y peces.

—Le ruego me permita unirme a usted —dijo el Mulá—, pues, como suponía, tenemos algo en común. Sus sentimientos me atraen con fuerza, debido a que en una ocasión un pez me salvó la vida.

—¡Qué notable y grato! —exclamó el yogui—. Estaré encantado de admitirlo en nuestra compañía, pues en tantos años de devoción a la causa de los animales, nunca he tenido el

privilegio de alcanzar tan íntima comunión con ellos como lo hizo usted. ¡Salvó su vida! Esto comprueba ampliamente nuestra doctrina de que todo el reino animal está interconectado.

Así fue que Nasrudín se sentó con el yogui durante algunas semanas, contemplando su ombligo y aprendiendo variados y curiosos ejercicios.

Al final el yogui le pidió:

—Yo me sentiría más que honrado si usted pudiera, ahora que nos conocemos mejor, comunicarme su suprema experiencia con el pez que le salvó la vida.

—Ahora que he oído más acerca de sus ideas, no estoy tan seguro de que sea así —dijo el Mulá.

Pero el yogui lo presionó con lágrimas en los ojos, llamándolo Maestro y restregando ante él su frente en el polvo.

—Muy bien, ya que insiste —dijo Nasrudín —, aunque no estoy muy seguro de si usted está preparado (empleando su lenguaje) para la revelación que tengo que hacerle. El pez ciertamente salvó mi vida. Estaba muriéndome de hambre cuando lo pesqué. Me proporcionó alimento durante tres días.

El gato está mojado

Nasrudín aceptó un trabajo como sereno. Su amo lo llamó y le preguntó si llovía.

—Tengo que ir a ver al Sultán y el color de mi manto favorito no es firme. Si llueve, se va a arruinar —señaló.

Ahora bien, el Mulá era muy perezoso y además se consideraba a sí mismo como poseedor de una magistral capacidad deductiva. Al ver al gato que acababa de entrar, completamente mojado, respondió:

—Señor, está lloviendo a cántaros.

Su amo debió perder algo de tiempo para cambiar sus ropas por otras, y al salir se encontró con que no llovía. El gato había sido empapado por alguien que, para espantarlo y alejarlo, le arrojó agua.

Nasrudín fue despedido.

De espaldas al frente

Unos estudiantes visitaron a Nasrudín y le preguntaron si podían escuchar sus clases. Aquél accedió y se dirigieron al salón de conferencias caminando detrás del Mulá, quien había montado su burro, de cara hacia la cola. La gente los miraba con asombro. Pensaban que el Mulá debía de ser un tonto y los estudiantes que lo seguían más tontos aún. ¿Quién, después de todo, camina detrás de un hombre que cabalga de espaldas al frente?

Después de un rato, los estudiantes comenzaron a sentirse incómodos y le dijeron al Mulá:

—¡Oh, Mulá! La gente nos mira. ¿Por qué monta usted de este modo?

Nasrudín frunció el ceño:

—Ustedes están pensando más en lo que la gente piensa que en lo que estamos haciendo — les dijo—. Les explicaré. Si ustedes fueran delante, mostrarían falta de respeto hacia mí, porque tendrían que darme la espalda. Si yo

caminara detrás, lo mismo sucedería. Si voy montado delante y de espaldas a ustedes demostraría una falta de respeto hacia ustedes. Ésta es la única forma de hacerlo.

Los principios del salvataje

Nasrudín no estaba seguro sobre cuál de dos mujeres elegiría para casarse. Un día ambas lo arrinconaron y le preguntaron a quién quería más.

—Hagan la pregunta dentro de un contexto práctico y trataré de contestarla —les dijo.

—Si ambas cayéramos al río, ¿a cuál salvarías? —le preguntó la más grácil y bonita.

El Mulá se volvió hacia la otra, una rústica pero adinerada muchachona:

—¿Sabes nadar, querida?

Atrapado

El Rey envió una misión privada al interior del país para encontrar a un hombre modesto que pudiera ser nombrado juez. Nasrudín tuvo noticias de ello.

Cuando los delegados, haciéndose pasar por viajeros, lo visitaron, observaron que tenía una red de pescar sobre sus hombros.

—¿Por qué —preguntó uno de ellos— lleva usted esa red?

—Simplemente para recordar mi humilde origen, pues en una época fui pescador.

Nasrudín fue nombrado juez, debido a este noble sentimiento.

Un día, de visita en su Corte, uno de los funcionarios que lo había visto en aquella ocasión, le preguntó:

—¿Qué sucedió con su red, Nasrudín?

—Por cierto que no se necesita red —dijo el juez Mulá— una vez que el pez ha sido atrapado.

De no ser por la gracia...

Viendo algo que se movía en la penumbra del jardín, Nasrudín pidió a su mujer que le alcanzara el arco y las flechas. Disparó al objeto, salió para ver de qué se trataba y volvió casi a punto de desmayarse.

—Me salvé por una casualidad. Imagínate. Si hubiera estado dentro de mi camisa que está colgando allí para secarse, habría muerto. La flecha atravesó el corazón.

Enciende la vela

Nasrudín estaba sentado conversando con un amigo cuando caía la noche.

—Enciende una vela —dijo el amigo—, pues ya ha oscurecido. Encontrarás una a tu izquierda.

—¡Tonto! ¿Cómo puedo distinguir mi izquierda de mi derecha en la oscuridad? —preguntó el Mulá.

Aprendiendo de la manera difícil

Si para decir algo a una persona usted emplea palabras, es probable que lo que desea transmitirle resbale sobre ella y que no lo absorba. Los métodos prácticos son esenciales.

Un faquir llamó a Nasrudín, pidiéndole que bajara del techo de su casa, donde éste se hallaba trabajando. Cuando el Mulá bajó, el individuo le dijo:

—Dame una limosna.

—¿Por qué no me lo pediste desde aquí abajo cuando yo aún estaba arriba?

—Tenía vergüenza —respondió el hombre.

—No tengas falso orgullo —dijo Nasrudín—, sube al techo.

En cuanto llegaron arriba de la casa y el Mulá hubo reanudado su trabajo, le dijo al hombre:

—No, no tengo limosna para darte.

Algo cayó

Al oír un tremendo ruido, la mujer de Nasrudín corrió hacia el cuarto de aquél.

—No hay por qué preocuparse —dijo el Mulá—, es sólo mi manto que se ha caído al suelo.

—¿Qué? ¿Y eso es lo que provocó semejante ruido?

—Así es. Lo que pasa es que yo estaba dentro de él cuando se cayó.

Llevaré las nueve

Durante un sueño, Nasrudín se vio a sí mismo recibiendo monedas.

Cuando había nueve monedas de plata en su mano, el donante invisible no le dio más.

Nasrudín gritó:

—¡Debo tener diez! —y esto lo dijo en voz tan alta, que se despertó.

Al ver que todo el dinero había desaparecido, cerró nuevamente sus ojos y murmuró:

—Está bien; entonces, devuélvemelas: acepto las nueve.

Tu pobre madre anciana

Enfurecida por alguna razón con el Mulá, su mujer llevó a la mesa una fuente con hirviente sopa, esperando que Nasrudín se quemara al tomarla. En cuanto hubo colocado la sopa sobre la mesa, se olvidó por completo y tomó una cucharada sin enfriarla. Las lágrimas saltaron de sus ojos, pero aun así esperaba que Nasrudín tomara la sopa hirviente.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Nasrudín.

—Mi pobre madre anciana, poco antes de morir tomó una sopa igual a ésta. El recuerdo me hizo llorar.

Nasrudín se volvió hacia su sopa y tomó una gran cucharada de sopa hirviente.

Las lágrimas pronto comenzaron a correr también por sus mejillas.

—¿No me digas, Nasrudín, que estás llorando?

—Sí —dijo el Mulá—, lloro al pensar que tu pobre madre murió y te dejó viva a ti.

La felicidad no está donde la buscas

Nasrudín, al ver a un hombre con signos de gran desconsuelo sentado a un costado del camino, le preguntó qué le preocupaba.

—No hay nada de interés en la vida, hermano —dijo el hombre—. Tengo suficiente capital como para no tener que trabajar y este viaje lo hago sólo para buscar algo que sea más interesante que la vida que llevo en mi casa. Pero, hasta hoy, no lo he hallado.

Sin hablar, Nasrudín tomó la mochila del viajero y salió corriendo como una liebre por el camino. El conocimiento que tenía del lugar hizo que tomara ventaja.

El camino era muy sinuoso y Nasrudín tomó un atajo y volvió a la carretera antes de que llegara el hombre a quien había robado. Puso la mochila a un lado del camino, se escondió y esperó a que el otro lo alcanzara.

El infeliz viajero apareció al rato tras seguir las vueltas del camino, más desconsolado que

nunca por la pérdida. Cuando divisó su mochila, corrió hacia ella gritando de alegría.

—Ésa es una manera de producir felicidad — dijo Nasrudín.

Al que madruga...

Nasrudín, hijo mío, levántate temprano por la mañana.

—¿Por qué, padre?

—Es un buen hábito. Una vez me levanté al amanecer y salí a dar un paseo. En el camino, encontré una bolsa que contenía oro.

—¿Cómo sabes que no la habían perdido la noche anterior?

—Ésa no es la cuestión. De cualquier forma, yo comprobé que la noche anterior no estaba allí.

—Entonces no da suerte a todos el levantarse temprano. Aquel que perdió el oro debe de haberse levantado antes que tú.

La majestad del mar

Majestuosamente, las olas golpeaban contra las rocas y sus ondas de azul intenso estaban coronadas por blanquísima espuma. Al contemplar este espectáculo por vez primera, Nasrudín experimentó un momentáneo sobrecogimiento.

Luego se acercó a la orilla, tomó un poco de agua en el hueco de su mano y la probó.

—Caramba —dijo el Mulá—, pensar que es algo con tantas pretensiones y no vale la pena beberla.

Un instante en el tiempo

—¿Qué es el destino? —le preguntó un erudito a Nasrudín.

—Una interminable sucesión de hechos entrelazados, que influye cada uno en el otro.

—Verdaderamente, ésa no es una respuesta satisfactoria. Yo creo en causa y efecto.

—De acuerdo, mire aquello —dijo el Mulá, señalando una procesión que pasaba por la calle—. A ese hombre lo llevan a colgar. ¿Es porque alguien le dio una moneda de plata, lo cual le permitió comprar el cuchillo con el que cometió el crimen? ¿O debido a que alguien lo vio? ¿O en razón de que nadie se lo impidió?

División del trabajo

El Mulá era el único pasajero de un barco que soportaba un violento tifón. Después de haber hecho todo lo posible para salvar el barco, el capitán y los tripulantes se arrodillaron y comenzaron a rezar para salvarse.

Nasrudín se mantuvo impasible.

El capitán abrió sus ojos y al observar al Mulá allí parado, se puso de pie y gritó:

—¡Arrodílese! Usted, un hombre devoto, debería unirse a nuestras oraciones.

Nasrudín no se movió.

—Sólo soy un pasajero. Todo lo concerniente a la seguridad del barco, es asunto suyo y no mío.

Sólo necesitaba tiempo

El Mulá compró un burro. Alguien le dijo que tendría que darle una cantidad determinada de comida todos los días. Considerándola excesiva, decidió experimentar e irlo acostumbrando a comer menos. Por lo tanto, cada día le disminuía la cantidad.

Finalmente, cuando redujo la ración a casi nada, el burro cayó muerto.

—Lástima —dijo el Mulá—. Si hubiera tenido un poco más de tiempo antes de que muriera, lo hubiera acostumbrado a vivir sin comer absolutamente nada.

Reduzca su ración de arneses

Al visitar a un amigo que estaba enfermo, Nasrudín llegó al mismo tiempo que el doctor. Éste permaneció en la casa menos de un minuto y su velocidad para diagnosticar dejó pasmado al Mulá.

Primero el doctor miró la lengua del paciente y, luego de una breve pausa, dijo:

—Usted ha estado comiendo manzanas verdes. Deje de hacerlo. Se mejorará en un par de días.

Olvidando todo lo demás, el Mulá siguió y alcanzó al médico cuando se retiraba de la casa.

—Por favor, doctor —jadeó—, dígame cómo lo hace.

—Cuando se tiene experiencia para distinguir diversas situaciones, resulta simple —dijo el doctor—. Verá, en cuanto supe que el hombre tenía dolor de estómago, busqué una causa. Cuando entré en el cuarto, vi un montón de cáscaras de manzanas verdes debajo de la cama

del enfermo. El resto era evidente.

Nasrudín le dio las gracias por la lección.

En otra oportunidad y al concurrir de visita a la casa de otro amigo, fue la mujer de éste quien contestó al llamado en la puerta.

—Mulá —le dijo—, no necesitamos un filósofo, sino un doctor. Mi esposo tiene dolor de estómago.

—No piense que el filósofo no puede ser un médico, señora —dijo Nasrudín, llegando hasta la presencia del paciente.

El hombre enfermo yacía sobre el lecho, quejándose.

Nasrudín se dirigió directamente hasta la cama, se fijó debajo de ella y llamó a la mujer al cuarto.

—Nada serio —le dijo—, estará bien en un par de días. Pero eso sí, deberá asegurarse de que reduzca su hábito de comer monturas y bridas.

La oferta y la demanda

Su Majestad Imperial, el Shahinshah, llegó de improviso a la casa de té, de la cual Nasrudín estaba a cargo temporalmente.

El Emperador pidió una tortilla.

—Ahora continuaremos con la cacería —le dijo al Mulá—, así que dígame cuánto le debo.

—A usted y sus cinco acompañantes, las tortillas les costarán mil monedas de oro.

El Emperador enarcó las cejas.

—Los huevos deben ser muy costosos aquí. ¿Tan escasos son?

—No son los huevos los que escasean aquí, Majestad, sino las visitas de los reyes.

Aplomo

Nasrudín y un amigo fueron a un restaurante y, para economizar, decidieron compartir un plato de berenjenas.

Discutieron violentamente sobre si debían ser rellenas o fritas.

Cansado y hambriento, Nasrudín cedió y pidieron berenjenas rellenas.

Súbitamente, en tanto esperaban la comida, su acompañante sufrió un colapso y parecía estar grave. Nasrudín se levantó con rapidez del asiento.

—¿Va a ir a buscar un médico? —le preguntó alguien desde una mesa próxima.

—No, tonto —gritó el Mulá—. Voy a ver si no es demasiado tarde para cambiar el pedido.

El valor del pasado

Nasrudín fue enviado por el Rey a investigar sobre la sabiduría de varias clases de maestros místicos orientales. En todos los casos le historiaron los milagros y dichos de los fundadores y los grandes maestros de las escuelas, muertos hacía ya tiempo.

A su regreso, el Mulá presentó un informe que sólo contenía una palabra: «Zanahorias».

El monarca lo hizo llamar a su presencia para que diera una explicación sobre esto. Nasrudín dijo:

—La parte mejor está enterrada; por el verde, muy pocos saben —excepto el experto— que hay anaranjado bajo la tierra. Si no se trabaja por ella, se deteriorará; a ella se encuentra asociada una gran cantidad de burros.

Clases de días

Un hombre detuvo a Nasrudín y le preguntó qué día de la semana era.

—No sabría decirle —contestó el Mulá—. Soy forastero. No sé qué días de la semana tienen aquí.

Una doncella en apuros

Cierta tarde de verano, paseaba Nasrudín frente a un jardín amurallado y decidió asomarse para contemplar los encantos que pudiera haber allí. Escaló la pared y vio a una hermosa doncella en los brazos de un horrible monstruo, un ser deforme a los ojos de Nasrudín.

Sin un segundo de demora, el caballeresco Mulá saltó al jardín y, con golpes y maldiciones, puso en fuga a la bestia. Al darse la vuelta para recibir el agradecimiento de la dama, ésta lo golpeó en un ojo. Dos enormes sirvientes lo asieron y arrojaron a la calle, donde lo apalearon.

Desde el suelo, casi insensible, oyó a la mujer llorar histéricamente por su amado, a quien Nasrudín había ahuyentado.

—Sobre gustos no hay nada escrito —dijo Nasrudín. Luego de esto se acostumbró a caminar renqueando, con un parche en un ojo, pero ninguna doncella lo hizo entrar en su jardín durante sus paseos.

Todo lo que se necesita

Un monarca cruel e ignorante que había oído de los poderes de Nasrudín, le dijo:

—Si no pruebas que eres un místico, te mandaré colgar. Rápidamente, Nasrudín contestó:

—Veo cosas extrañas: un ave dorada en el cielo y demonios bajo la tierra.

—¿Cómo puedes ver a través de objetos sólidos y ver a tanta distancia en el cielo?

—Todo lo que se necesita es miedo — contestó el Mulá.

El presagio

El Rey estaba de mal humor. Al salir del palacio para ir de caza se encontró con Nasrudín.

—Es mal presagio ver a un Mulá cuando se va de cacería —les gritó a sus guardias—. ¡No dejen que me mire, azótenlo para que salga del camino!

La orden fue cumplida.

Sucedió que la cacería fue un éxito.

El Rey mandó buscar a Nasrudín.

—Lo siento, Mulá. Pensé que eras un mal presagio. Pero he comprobado que no es así.

—¡USTED pensó que yo era un mal presagio! —dijo Nasrudín—. USTED me mira a *mí* y cobra un buen botín. Yo lo miro a USTED y me azotan. ¿Quién es un mal presagio para quién?

El atajo

De regreso a su casa en una maravillosa mañana, Nasrudín pensó que sería una excelente idea la de acortar camino atravesando el bosque.

—¿Por qué —se preguntó— debo andar penosamente por una ruta polvorienta, cuando podría estar en comunión con la naturaleza, escuchando a los pájaros y mirando las flores? Éste es en verdad un día de días; ¡un día para ocupaciones afortunadas!

Diciendo así, se lanzó hacia la fronda. Poco había avanzado, sin embargo, cuando cayó dentro de un pozo, en el que se puso a reflexionar.

—Después de todo, no es un día tan afortunado. En realidad hice bien en tomar por este atajo. Si algo así puede suceder en este hermoso paraje, ¿qué no me podría haber ocurrido en aquella ruta desagradable?

La vida y la muerte

Nasrudín subió a un árbol para aserrar una rama. Alguien que pasaba al ver cómo lo estaba haciendo le avisó:

—¡Cuidado! Está mal sentado, en la punta de la rama... Se irá abajo con ella.

—¿Piensa que soy un necio que deba creerlo? ¿o es usted un vidente que puede predecir mi futuro? —preguntó el Mulá.

Sin embargo, poco después la rama cedió y Nasrudín terminó en el suelo. Entonces corrió tras el otro hombre hasta alcanzarlo:

—¡Su predicción se ha cumplido! Ahora dígame: ¿cómo moriré?

Por más que el hombre insistió, no pudo disuadir a Nasrudín de que no era un vidente. Por fin, ya exasperado le gritó:

—Por mí podrías morirte ahora mismo.

Apenas oyó estas palabras, el Mulá cayó al suelo y se quedó inmóvil. Cuando lo encontraron sus vecinos lo depositaron en un féretro. Mientras marchaban hacia el cementerio,

empezaron a discutir acerca de cuál era el camino más corto. Nasrudín perdió la paciencia y, asomando su cabeza fuera del ataúd, dijo:

—Cuando estaba vivo solía tomar por la *izquierda*; es el camino más rápido.

La razón

El Mulá fue a ver a un hombre rico.

—Deme algo de dinero.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Quiero comprar... un elefante.

—Sin dinero mal puedes mantener un elefante.

—Yo vine —dijo Nasrudín— en busca de dinero, no de consejo.

Comiéndose su dinero

El Mulá Nasrudín, como todos saben, proviene de un país donde la fruta es fruta, la carne es carne y el *curry* es algo que jamás se come.

Un día, a poco de descender de las altas montañas del Kafiristán, marchaba cansadamente por un polvoriento camino de la India, cuando una intensa sed se apoderó de él. «Pronto —se dijo— debo encontrar algún sitio donde obtener buena fruta».

Apenas estas palabras se formaron en su mente dobló un recodo del camino y vio a un hombre de aspecto bondadoso, sentado a la sombra de un árbol, con una canasta frente a él.

Ésta se veía colmada de grandes frutas, rojas, brillantes.

—Esto es lo que necesito —dijo Nasrudín.

Desanudó la punta de su turbante, extrajo dos pequeñas monedas de cobre y se las alcanzó al vendedor de frutas. Sin decir palabra, el mercader le entregó la canasta entera, pues en la

India esa fruta es muy barata y la gente suele adquirirla en cantidad.

Nasrudín se sentó en el lugar que dejó el vendedor y empezó a comer las frutas. En pocos segundos su boca ardía. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y sentía fuego en su garganta. El Mulá siguió comiendo.

Al cabo de un par de horas acertó a pasar por allí un montañés afgano. Nasrudín lo saludó:

—¡Hermano, estas frutas infieles deben venir de la misma boca de Satán!

—¡Tonto! —le dijo el montañés—. ¿Nunca has oído hablar de los picantes del Indostán? Deja de comerlos de inmediato o la muerte, con seguridad, cobrará una víctima antes de que se oculte el sol.

—No puedo moverme de aquí —jadeó el Mulá— hasta tanto no termine la canasta.

—¡Insensato! ¡Estas frutas son para preparar *curry*! ¡Deshazte de ellas de inmediato!

—Ya no es fruta lo que como —graznó Nasrudín—. Estoy comiendo mi dinero.

El uso de una lámpara

—Yo puedo ver en la oscuridad —se jactaba cierta vez Nasrudín en la casa de té.

—Si es así, ¿por qué algunas noches lo hemos visto llevando una lámpara por las calles?

—Es sólo para que los otros no tropiecen conmigo.

Suposiciones

—¿Qué significa «destino», Mulá?

—Suposiciones.

—¿En qué sentido?

—Tú supones que las cosas irán bien, y si no sucede así a eso lo llamas «mala suerte». Supones que las cosas irán mal, y si no sucede así a eso lo llamas «buena suerte». Supones que ciertas cosas habrán de suceder o no, y careces de intuición hasta tal punto que no *sabes* lo que ha de suceder. Supones que el futuro es desconocido.

—Cuando eres sorprendido, a eso lo llamas «Destino».

¿De quién soy servidor?

El Mulá Nasrudín se había convertido en un favorito de la corte.

Aprovechaba su posición para poner en evidencia los métodos de los cortesanos. Un día que el monarca se hallaba excepcionalmente hambriento le habían preparado unas berenjenas tan deliciosas que ordenó al jefe de cocineros del palacio que se las sirviera todos los días.

—¿Acaso no son las mejores hortalizas del mundo. Mulá? —le preguntó a Nasrudín.

—Las mejores, majestad.

Cinco días más tarde, cuando las berenjenas ya habían sido servidas en diez comidas sucesivas, el rey tronó:

—¡Alejen estas cosas de mi vista! ¡Las detesto!

—Estas hortalizas son las peores del mundo, majestad —coincidió Nasrudín.

—Pero, Mulá, hace menos de una semana dijiste que eran las mejores.

—Lo dije. Pero yo estoy al servicio del rey,

no de las hortalizas.

Destino inescrutable

Nasrudín caminaba por una estrecha callejuela cuando un hombre cayó desde un techo y aterrizó sobre su cuello. El hombre resultó ileso, pero el Mulá fue llevado al hospital. Algunos discípulos concurrieron a visitarlo.

—¿Qué enseñanza extrae usted de este suceso, Mulá?

—¡Eviten toda creencia en la forzosidad entre causa y efecto! ¡*Él* cayó del techo, pero fue *mi* cuello el que se fracturó! Desechen cuestiones abstractas tales como: «¿Si un hombre cae de un techo, se fracturará el cuello?». ».

Idiotas

El Mulá Nasrudín transportaba a su casa una colección de finas piezas de cristal cuando éstas se le cayeron en la calle. Todo quedó hecho añicos.

Una multitud se aglomeró a su alrededor.

—¿Qué pasa con ustedes, idiotas? —bramó el Mulá—. ¿Es la primera vez que ven a un tonto?

Si Alá así lo permite

Nasrudín ya había conseguido ahorrar lo necesario para comprarse una nueva túnica. Lleno de excitación se dirigió a una sastrería. Allí el sastre le tomó las medidas y dijo:

—Regrese dentro de una semana y, si Alá así lo permite, su túnica estará lista.

Tras contener su impaciencia durante una semana el Mulá volvió a la tienda.

—Ha habido una demora. Pero, si Alá así lo permite, su túnica mañana estará lista.

Nasrudín volvió al día siguiente.

—Lo lamento —dijo el sastre—, pero todavía no está terminada. Intente mañana y, si Alá así lo permite, estará lista.

Exasperado Nasrudín preguntó:

—¿Cuánto demorará si usted deja a Alá fuera de este asunto?

La hazaña

Unos soldados se vanagloriaban en la casa de té de su reciente campaña. Los habitantes del pueblo se apretujaban alrededor de ellos, ansiosos por escucharlos.

—Fue entonces —decía un guerrero de fiero aspecto— cuando tomé mi espada de doble filo y cargué contra el enemigo, dispersándolo a diestra y siniestra cual paja seca. Triunfamos.

Hubo un sofocado aplauso de asombro.

—Esto me recuerda —dijo Nasrudín, quien había presenciado algunas batallas en su época— una ocasión en que corté la pierna a un enemigo en el campo de batalla. Se la corté de lado a lado.

—Hubiera sido mejor, señor —replicó el capitán de los soldados— haberle cortado la cabeza.

—Eso habría sido imposible —dijo el Mulá—, porque, verá usted, alguien ya lo había hecho antes.

No es tan difícil

El vecino del Mulá le pidió prestada su cuerda de colgar la ropa.

—Lo lamento —dijo Nasrudín—, la estoy usando. Estoy secando harina.

—¿Cómo diablos puedes secar harina en una cuerda de ropa?

—Es menos difícil de lo que imaginas cuando no la quieres prestar.

Obligación

El Mulá estuvo a punto de caer en un pozo lleno de agua.

Un hombre que se hallaba cerca, y a quien él apenas conocía, lo salvó. Después de aquel hecho, cada vez que se encontraban, el hombre le recordaba el servicio que le había prestado.

Después que esto se repitió varias veces, Nasrudín lo llevó hasta el pozo, se tiró dentro, quedó con la cabeza justo al nivel del agua y gritó:

—Estoy tan mojado como lo hubiera estado si no me hubieras salvado. ¡Ahora puedes dejarme en paz!

Una escala de tiempo diferente

Nasrudín fue a una casa de baños turcos. Como estaba pobremente vestido los encargados le brindaron escasa atención, dándole sólo un trocito de jabón y una toalla vieja.

Al salir, el Mulá les entregó una moneda de oro a cada uno. No se había quejado y ellos no podían entenderlo. ¿Podría ser, se preguntaban, que de haberlo tratado mejor les hubiera dejado una propina aun mayor?

A la semana siguiente volvió el Mulá. Esta vez, por supuesto, fue atendido como un rey. Después que lo hubieron masajado, perfumado y tratado con la mayor deferencia, antes de abandonar la casa el Mulá entregó a cada servidor la más ínfima moneda de cobre.

—Esto —les dijo— es por la vez pasada. Las monedas de oro fueron por lo de hoy.

Coherencia

—¿Qué edad tiene usted, Mulá?

—Cuarenta años.

—Pero eso mismo dijo la última vez que se lo pregunté, hace ya dos años.

—Sí; siempre mantengo lo que digo.

Por suerte yo pasaba por aquí

Nasrudín paseaba cerca de un pozo cuando se sintió impulsado a mirar dentro. Era de noche y, al escudriñar la profundidad del agua, vio allí el reflejo de la luna.

«¡Debo salvar la luna! —pensó—, de otro modo nunca menguará y el mes de ayuno del Ramadán no terminará nunca».

Halló una cuerda y arrojó un cabo dentro del pozo, al tiempo que exclamaba:

—¡Mantente firme; no te descorazones; ya llega el socorro!

La cuerda quedó enlazada en una roca dentro del pozo y Nasrudín tiraba con todas sus energías. Estaba haciendo fuerza hacia atrás cuando, de pronto, la cuerda se zafó y el Mulá cayó de espaldas al suelo.

Mientras se hallaba allí tendido jadeante, observó a la luna surcar el cielo.

—Me alegra haberte sido útil —dijo Nasrudín—. Fue una suerte que yo justamente

pasara por aquí, ¿no es cierto?

Eviten comprometerse

La nave parecía estar a punto de naufragar y los compañeros de viaje del Mulá —quienes se habían reído de él cuando les advirtió que deberían preparar sus almas para la otra vida—, cayeron de rodillas suplicando ayuda. En medio de sus lamentaciones, estaban haciendo promesas sobre lo que harían en caso de salvarse.

—¡Calma, amigos! —gritó el Mulá—. ¡Qué prodigalidad con sus bienes materiales! Eviten comprometerse tal como siempre lo han hecho. ¡Confíen en mí! Creo ver tierra firme.

Más útil

Nasrudín entró en la casa de té y declamó:

—La luna es más útil que el sol.

—¿Por qué, Mulá?

—Porque la luz nos es más necesaria durante la noche que durante el día.

¿Cuál es mi mitad?

Nasrudín y un amigo estaban sedientos y se detuvieron en un café a beber algo. Decidieron compartir un vaso de leche.

—Bebe tu mitad primero —dijo el amigo—, pues aquí tengo sólo un poco de azúcar, lo necesario para uno, y la agregaré a la parte que me corresponde.

—Agrégala ahora —dijo el Mulá— y yo beberé únicamente la mitad.

—Por cierto que no. No hay azúcar más que para endulzar medio vaso de leche.

Nasrudín se dirigió hasta donde se hallaba el dueño del café y regresó con un paquete grande de sal.

—Buenas noticias, amigo —dijo— beberé primero, tal como acordamos; y quiero mi leche con sal.

Aprender cómo aprender

El Mulá envió a un niño a buscar agua a un pozo.

—¡Ten cuidado de no romper la vasija! —le gritó y le dio un golpe.

—Mulá —preguntó un espectador—, ¿por qué le pegas si no ha hecho nada?

—Tonto —dijo el Mulá—, porque castigarlo *después* de que la haya roto sería demasiado tarde, ¿no?

Los roles del hombre

—Hermano —dijo el Mulá Nasrudín a un vecino—, estoy haciendo una colecta para pagar la deuda de un pobre hombre que no puede cumplir con sus obligaciones.

—Muy encomiable —dijo el otro mientras le entregaba una moneda—; ¿quién es esa persona?

—Yo —dijo Nasrudín, mientras se retiraba con rapidez.

Unas semanas más tarde, el Mulá llamaba otra vez a la puerta del vecino.

—Supongo que viene por una deuda —le dijo el ahora cínico vecino.

—Así es.

—Supongo que alguien no puede pagar una deuda y usted pide una contribución.

—Así es.

—Y supongo que *usted* es el deudor.

—Esta vez no.

—Bueno, me alegro de saber eso. Tome esta contribución.

Nasrudín guardó el dinero en su bolsillo.

—Una pregunta, Mulá, ¿qué impulsa sus sentimientos humanitarios en este caso particular?

—Pues, verá usted... Yo soy el *acreedor*.

Seco bajo la lluvia

Un hombre invitó a Nasrudín a salir de caza con él, pero le dio por montura un caballo demasiado lento. El Mulá no dijo palabra. Muy pronto los demás se distanciaron, perdiéndose de vista. Poco después comenzó a llover fuertemente. No había refugio alguno en esa zona y todos los participantes de la cacería terminaron empapados. Nasrudín, sin embargo, en cuanto comenzó a llover se quitó todas sus ropas, las dobló y se sentó encima de ellas. Cuando cesó la lluvia, se vistió nuevamente y regresó a la casa de su anfitrión para almorzar. Nadie podía comprender por qué estaba seco. No obstante sus veloces caballos, ellos no habían podido hallar refugio en esa llanura.

—Fue el caballo que me dio —dijo Nasrudín.

Al día siguiente le dieron un caballo rápido y su anfitrión reservó para sí el lento. Llovió nuevamente.

El caballo iba tan despacio que el anfitrión se mojó más que nunca, mientras regresaba a su

casa a paso de tortuga. Nasrudín repitió la misma operación que la vez anterior y regresó a la casa seco.

—Usted es el culpable —gritó su anfitrión—, porque me hizo montar ese maldito caballo.

—Quizá —contestó Nasrudín— usted no puso nada de sí mismo para resolver el problema de mantenerse seco.

Detrás de lo obvio

Todos los viernes por la mañana Nasrudín llegaba al mercado del pueblo con un burro al que ofrecía en venta.

El precio que demandaba era siempre insignificante, muy inferior al valor del animal.

Un día se le acercó un rico mercader, quien se dedicaba a la compra y venta de burros.

—No puedo comprender cómo lo hace, Nasrudín. Yo vendo burros al precio más bajo posible. Mis sirvientes obligan a los campesinos a darme forraje gratis. Mis esclavos cuidan de mis animales sin que les pague retribución alguna. Y, sin embargo, no puedo igualar sus precios.

—Muy sencillo —dijo Nasrudín—. Usted roba forraje y mano de obra. Yo robo burros.

Objetividad

Un vecino de Nasrudín fue a consultarlo sobre la interpretación de una cuestión legal.

—Mi vaca fue corneada por su toro. ¿Me corresponde por ello alguna indemnización?

—Por cierto que no. ¿Cómo puede un hombre ser responsable de lo que hace un animal?

—Un momento —dijo el pícaro aldeano—; me temo que se ha planteado el asunto al revés. Lo que en realidad sucedió, fue que *mi* toro corneó a *su* vaca.

—¡Ah! —dijo el Mulá—, esto ya es más complicado. Deberé consultar la jurisprudencia, pues puede haber otros factores involucrados que sean pertinentes y que pudieran alterar el caso.

Creo que usted tiene razón

El Mulá fue nombrado juez. Durante su primer caso, el demandante expuso con tanta persuasión que le hizo exclamar:

—¡Creo que usted tiene razón!

El secretario del tribunal le rogó que demorara su decisión, pues el acusado no había depuesto aún.

Nasrudín se sintió tan conmovido por la elocuencia del demandado que al terminar éste su defensa exclamó:

—¡Creo que usted tiene razón!

El secretario no podía aceptarlo.

—Vuestra señoría, *ambos* no pueden tener razón.

—¡Creo que también usted tiene razón! — dijo Nasrudín.

¡Me parece que eres tú!

En la plaza del mercado, Nasrudín, profundamente absorto, recitaba una oda:

«¡Oh, mi bienamada!

Mi ser interior todo está tan colmado de ti

Que todo lo que se presenta ante mi vista

¡Me parece que eres tú!».

Un bromista gritó:

—¿Y qué pasa si un tonto aparece ante tu vista?

Sin detenerse, como si fuera un estribillo, el Mulá continuó:

«¡...Me parece que eres tú!».

Denle tiempo

Nasrudín solía sentarse en la terraza de cierta casa de té. Un día un niño pasó corriendo y volteó su sombrero. El Mulá permaneció impasible. La situación se repitió varios días seguidos. Nasrudín no hacía más que levantar su sombrero y ponérselo de nuevo.

Alguien le preguntó a Nasrudín por qué no prendía al muchachito y lo castigaba, ya que era lo suficientemente pequeño, o bien le pedía a otro que lo hiciera.

—Ésta es la manera como este asunto se está desenvolviendo —respondió Nasrudín.

Pocos días después, el Mulá se demoró en llegar al café. Al entrar vio a un soldado de aspecto feroz sentado en su lugar. En ese momento apareció el niño. Tal era la fuerza de su hábito que volteó el gorro de piel del soldado. Sin decir palabra éste desenvainó su espada, decapitó al niño y retornó a su asiento.

—¿Te das cuenta de lo que quise decir? —dijo Nasrudín, al amigo que había objetado su

inacción.

Sopa caliente, manos frías

Un hombre oyó decir que Nasrudín era muy sabio y decidió hacer un viaje para verlo. «Puedo aprender algo de un sabio como éste —pensó— y debe haber algún método en su locura; si tan sólo uno pudiera hallar el factor constante que debe fluir por ella... Al fin y al cabo, he estudiado largos años y he concurrido a muchas escuelas metafísicas; esto me permitirá juzgar y aprender allí donde otros han fallado».

Después de este razonamiento, emprendió el largo y fatigoso camino que lo conduciría hasta la pequeña casa de Nasrudín, enclavada a la vera de un camino montañoso.

Una vez allí, a través de la ventana el buscador vio a Nasrudín acurrucado junto a un débil fuego, soplando sus manos. Entró en la casa y le preguntó al Mulá qué era lo que estaba haciendo.

—Caliento mis manos con el aliento — explicó Nasrudín.

Tras eso ninguno de los dos abrió la boca, y

el buscador se preguntaba si después de todo Nasrudín le otorgaría algo de su sabiduría.

Al rato, entró la esposa de Nasrudín con dos tazones de sopa. El Mulá inmediatamente comenzó a soplarla.

«Quizás ahora aprenda algo», pensó el buscador. Y en voz alta inquirió:

—¿Qué hace usted, maestro?

—Estoy soplando para enfriar la sopa con mi aliento —respondió el Mulá.

«Sin duda este hombre es un farsante y tal vez un mentiroso —pensó el visitante—; primero sopla para calentar, después sopla para enfriar. ¿Cómo puedo creer en lo que me diga?».

Y se marchó.

«El tiempo no fue desperdiciado — reflexionaba mientras iba descendiendo por el camino de la montaña— porque al menos pude establecer que Nasrudín no es ningún maestro».

Adivine...

Un bromista llevaba un huevo en su bolsillo cuando se encontró con Nasrudín.

—Dígame, Mulá, ¿qué tal es usted para las adivinanzas?

—Bastante bueno —respondió Nasrudín.

—Muy bien, adivine entonces qué es lo que tengo en mi bolsillo.

—Deme alguna pista.

—Tiene forma de huevo, por dentro es amarillo y blanco y parece un huevo.

—Algún tipo de torta —dijo Nasrudín.

El mercader

Un rico mercader permaneció unos días en el pueblo donde vivía Nasrudín. Pese a su avaricia, la gente lo respetaba.

Nasrudín le preguntó a alguien:

—¿Por qué lo saluda cada vez que pasa? Usted nunca recibe una gratificación de él.

—Usted no entiende: él es mercader y esto importa, ¿no es cierto? Además, creemos que algún día podría llegar a darnos algo.

A la semana de haber partido el visitante, Nasrudín fue al mercado. En un puesto compró una docena de sandías y las vendió en el siguiente, perdiendo dinero en la transacción. Luego repitió esa misma operación con otro artículo. Después de haber recorrido la mayoría de los puestos, fue hasta la casa de té y con airoso gesto ordenó que le sirvieran un costoso té de rosas con crema batida, aromatizado con cardamomo.

Muy pronto la casa de té comenzó a llenarse de personas ansiosas por saber qué le había

pasado a Nasrudín. Alguien le preguntó:

—Mulá, ¿por qué compras cosas y las vendes sin tener en cuenta el precio?

—¿Cómo se atreve usted a hacerme preguntas? —rugió el Mulá—. Soy mercader; eso es algo, ¿no es cierto? ¡Y algún día podría llegar a darles algo!

Engañado una vez

Un hombre pidió a Nasrudín dinero en préstamo. El Mulá pensó que no lo recobraría jamás, pero de todas maneras le dio el dinero.

Para su sorpresa, el hombre no tardó en devolverle el préstamo. Nasrudín se quedó pensativo.

Algún tiempo después el mismo hombre le pidió nuevamente dinero prestado, diciéndole:

—Tú sabes que yo cumplo, pues te he devuelto tu préstamo la vez anterior.

—Esta vez no, bribón —rugió Nasrudín—; me engañaste la vez pasada cuando creí que no me lo devolverías. No te saldrás con la tuya por segunda vez.

Nunca pierdas un buen negocio

Nasrudín estaba disconforme con su burro, y pensó que lo lógico era venderlo y comprar otro. Por lo tanto, fue al mercado, buscó al rematador y le entregó el burro para que lo subastase.

Cuando el animal fue presentado en la venta el Mulá se hallaba entre el público.

—El próximo lote —gritó el rematador— es este soberbio, inigualado y maravilloso burro. ¿Quién comienza ofreciendo cinco piezas de oro?

—¿Sólo cinco piezas por un burro? —se sorprendió Nasrudín.

Así fue que inició la puja. Mientras el precio subía más y más y el rematador cantaba loas del burro en cada oferta, Nasrudín se volvía cada vez más ansioso por comprarlo él. La puja finalmente se circunscribió a un duelo entre el Mulá y un granjero. Compró Nasrudín en cuarenta piezas de oro.

Le pagó al rematador su comisión de un

tercio, se llevó su parte del dinero como vendedor y tomó posesión del burro como comprador. El valor del jumento era quizá de veinte piezas de oro. Por consiguiente perdió dinero, pero había comprado un animal cuyos méritos —ahora lo comprendía— había ignorado hasta que fueron tan brillantemente enunciados por el rematador del pueblo.

—Nunca me pierdo un buen negocio —se dijo Nasrudín mientras regresaba a casa con su adquisición.

No transportable

—Te enseñaré metafísica —le dijo Nasrudín a un vecino en quien veía una chispa, aunque pequeña, de inteligencia.

—Me encantaría —respondió el hombre—. Ven a mi casa cuando quieras y háblame de ello.

Nasrudín comprendió que este hombre tenía la idea de que el conocimiento místico podía ser totalmente transmitido por la palabra hablada, y no dijo nada.

Días más tarde, desde la terraza de su casa, el vecino le gritó al Mulá:

—Nasrudín, necesito tu ayuda para soplar el fuego; el carbón se está apagando.

—Desde luego —dijo Nasrudín—; mi aliento está a tu disposición. Ven aquí y te daré tanto como puedas llevarte.

No es tan fácil como parece

Una viuda llegó hasta la corte del Mulá y exclamó:

—Soy muy pobre. Mi hijo come muchísimo azúcar; en realidad, se ha vuelto adicto a ella. A causa de esto el dinero no me alcanza. ¿Querría la corte prohibirle comer azúcar, pues yo no puedo lograrlo?

—Señora —dijo el Mulá—, este problema no es tan sencillo como parece. Vuelva dentro de una semana y se le comunicará la decisión después de que haya examinado el caso en profundidad.

Al cabo de una semana el nombre de la mujer estaba nuevamente en la lista de los deprecantes.

—Lo lamento —dijo Nasrudín cuando le llegó el turno a la mujer—, este caso es complicado y será postergado otra semana más.

Sucedió lo mismo en las entrevistas de las dos semanas siguientes. Por fin Nasrudín anunció:

—La corte dará ahora su veredicto. Llamen

al joven.

Éste se presentó ante el Mulá.

—Muchacho —tronó el magistrado— tienes prohibido comer más de media onza de azúcar por día.

La mujer expresó entonces su agradecimiento al Mulá y pidió permiso para hacer una pregunta.

—Diga usted —indicó Nasrudín.

—Estoy intrigada por saber la razón por la cual vuestra señoría no le prohibió al muchacho comer azúcar en alguna de las audiencias anteriores.

—Pues bien —dijo Nasrudín—, tenía que deshabituarme yo primero; ¿no es así? ¿Cómo podía saber que me llevaría tanto tiempo?

Quizás haya un camino allí arriba

Unos niños planearon robarle las sandalias al Mulá y escapar con ellas. Lo llamaron y señalaron un árbol:

—Cualesquiera de ustedes podría —contestó Nasrudín— y les demostraré cómo.

Se quitó sus sandalias, las puso bajo el cinturón y comenzó a trepar.

—Mulá —gritaron los niños—, no necesitará sandalias en un árbol.

Nasrudín, que sin saber el porqué había presentido que debía llevar sus sandalias consigo, les advirtió:

—Se debe estar preparado para cualquier emergencia. ¡Quién sabe...!, podría encontrar un camino allí arriba.

El Anuncio

Hallándose en la plaza del mercado Nasrudín se puso de pie y dijo a la multitud:

—¡Oh pueblo! ¿Queréis el conocimiento sin dificultad, la verdad sin falsedad, el logro sin esfuerzos, el progreso sin sacrificio?

Enseguida se apiñó gran cantidad de gente que gritaba:

—¡Sí, sí!

—¡Excelente! —dijo el Mulá—, sólo quería saberlo. Podéis estar seguros de que si alguna vez llego a descubrir algo semejante os lo haré saber.

¿Cuánto es demasiado largo?

Un hombre quería cortar la cola de su caballo. Le preguntó al Mulá cómo debía ser la longitud del corte.

—Es lo mismo —dijo Nasrudín—, porque no importa lo que usted haga, las opiniones diferirán; incluso su opinión variará de tanto en tanto. Demasiado larga... no, demasiado corta...

Alá proveerá

—Alá proveerá —decía un día Nasrudín a un hombre que se quejaba de que le habían robado dinero en su casa.

El hombre expresó sus dudas.

Nasrudín lo condujo a la mezquita y rodó por el suelo mientras pedía a Alá que devolviera al hombre sus veinte monedas de plata.

Molestos por su presencia, la congregación realizó una colecta y le entregó la suma a la sorprendida víctima.

—Usted quizá no comprenda los medios que operan en este mundo —le dijo el Mulá—, pero seguramente comprenderá el fin cuando le es dado en forma tan concreta.

La escuela

En la escuela del Mulá uno de los niños le preguntó:

—¿Cuál es el mayor logro: el del hombre que conquista un imperio, el que pudiendo hacerlo no lo hace o el de aquel que evita que otro lo haga?

—Sobre eso nada sé —dijo el Mulá—, pero sí conozco una tarea mucho más difícil que cualquiera de éstas.

—¿Cuál es?

—Tratar de enseñarles a ver las cosas tal como en realidad son.

Identidad equivocada

Mulá Nasrudín había cambiado algunas palabras ásperas con el sheik del monasterio en el cual se hospedaba. Días después se descubrió que faltaba una bolsa de arroz y el jefe ordenó que todos se alinearan en el patio. Una vez allí, les dijo que el autor del robo tendría algunos granos de arroz en su barba.

«Éste es un viejo truco para hacer que el culpable se toque la barba», pensó el ladrón verdadero, y no se movió.

«El jefe quiere vengarse de mí —pensó Nasrudín y es seguro que puso unos granos de arroz en mi barba. Será mejor que me los quite del modo más disimulado que sea posible».

Pasó los dedos por su barba y se dio cuenta de que todo el mundo lo miraba.

—Sabía que tarde o temprano me descubrirían —dijo Nasrudín.

Sólo con pedir

—He oído decir que tiene un vinagre que ha sido añejado durante cuarenta años —dijo un vecino a Nasrudín—. ¿Me daría un poco?

—Por supuesto que no —contestó el Mulá—. No tendría cuarenta años de añejamiento si lo hubiera estado regalando, ¿no es cierto?

Más tarde de lo que usted cree

Decidiendo que por una vez ayunaría los treinta días del Ramadán, Nasrudín pensó en llevar la cuenta poniendo una piedrita en una olla por cada día que pasara.

Su hija pequeña, viendo al padre hacer esto comenzó también a traer piedras de todo el jardín y a introducirlas en la olla. Nasrudín nada sabía de esto.

Días más tarde unos viajeros que pasaban le preguntaron cuántos días del mes de ayuno habían pasado ya. Nasrudín corrió hasta su olla y contó las piedras. Cuando regresó, dijo:

—Cuarenta y cinco.

—¡Pero si sólo hay treinta días en un mes!

—Yo no exagero —respondió el Mulá con dignidad—; muy por el contrario. La verdadera cifra es ciento cincuenta y tres.

¿Cuál es la razón?

Un caluroso día de verano Nasrudín estaba recostado a la sombra de una morera y observaba unos enormes melones que crecían cerca de allí. Su mente derivó hacia cosas más elevadas.

«¿Cómo es posible —se preguntó— que un árbol enorme, impresionante como éste, dé frutos tan pequeños e insignificantes? Observen cómo esa pobre y débil enredadera produce tan grandes y deliciosos melones...».

Mientras reflexionaba acerca de esta paradoja, una mora cayó sobre su afeitada cabeza.

«Ahora entiendo —se dijo el Mulá—; así que ésta es la razón. Tendría que haber pensado en ello antes».

Donde yo me siento

En una reunión de teólogos Nasrudín estaba sentado al final del salón, en el extremo más alejado del lugar de honor. Comenzó a relatar cuentos y pronto la gente se aglomeró a su alrededor, escuchando y riendo. Nadie hacía caso del anciano que estaba pronunciando un docto discurso. Cuando ya no podía oírse ni a sí mismo, el presidente de la asamblea rugió:

—¡Tienen que guardar silencio! Nadie puede hablar, a menos que esté sentado donde se sienta el jefe.

—No sé cómo lo verá usted —dijo Nasrudín—, pero allí donde yo esté sentado es donde se sienta el jefe.

¿Por qué me pregunta a mí?

Cierto día Nasrudín cabalgaba en su burro, cuando éste se espantó por un bulto que había en su camino y se echó a galopar desenfrenadamente.

Al ver al Mulá correr a una velocidad desacostumbrada, unos campesinos le gritaron:

—¿Adónde va tan apurado, Nasrudín?

—No me pregunten a mí —contestó—, pregúntenle al burro.

Verdad

—¿Qué es la verdad? —preguntó un discípulo a Nasrudín.

—Algo que nunca, en ningún momento, he dicho; ni diré jamás.